

Colores al estilo Imperio

Yoel Cordoví Núñez

Investigador. Instituto de Historia de Cuba.

Mucho se ha escrito sobre el conflicto hispano-cubano-norteamericano, en tanto fenómeno de gran trascendencia en los destinos de las partes implicadas. Durante décadas, problemas de diversa índole —particularmente de carácter político y militar—, centraron la atención de estudiosos dedicados a lo que dio en denominarse «el 98». El marco del Centenario fue una coyuntura excepcional, no solo para el desarrollo de la producción historiográfica en líneas de trabajo ya establecidas, sino también en la delimitación de nuevos terrenos de investigación.

Fruto de esas inquietudes es el ensayo del historiador Eliades Acosta Matos, *Los colores secretos del Imperio*, publicado por la Editorial de Ciencias Sociales en 2002 y reeditado al año siguiente. Estructurado en tres capítulos y un epílogo, el texto nos acerca a una dimensión poco conocida —y en algunas de sus partes, desconocida— del tema. No es la descripción puntual de determinado combate lo que interesa al autor, sino los efectos del impacto cultural que suscitaba el intercambio cotidiano entre «aliados» y contendientes, con patrones de conducta, mentalidades e ideologías diversos.

Mientras los historiadores, particularmente los estadounidenses, han puesto el acento de sus investigaciones en la problemática racial dentro del Ejército Libertador cubano, Acosta Matos analiza ese mismo componente, pero como parte consustancial de un pensamiento expansionista que buscaba imponerse a partir de presupuestos ideológicos marcadamente racistas. He ahí el eje argumental de su propuesta ensayística. Cualquier tipo de relación entre cubanos, españoles y norteamericanos, antes, durante y después del conflicto, debía sustentarse inexorablemente en el conjunto de percepciones y representaciones que de la raza latina tenían los hombres del Imperio, desde la alta oficialidad hasta los simples soldados.

Para ello, el autor dedica todo un capítulo a mostrar la complejidad del universo racista, no solo advertido en las expresiones prejuiciadas contra los libertadores cubanos, codificados de antemano como elementos «incivilizados» y «salvajes», sino en el propio tratamiento discriminatorio a los hombres negros e indios que integraban las fuerzas del Quinto Cuerpo de Ejército, destinadas a combatir en Cuba.

La procedencia regional de los militares nortños que llegaban a la Isla, es una variable a la que acude con acierto Acosta Matos, y sus conclusiones validan otras tesis historiográficas que comparten criterios similares. Sin dudas, el problema de la discriminación empezaba en casa y los ecos de la Guerra civil, con su secuela de racismo exacerbado, se reproducían en el ejército interventor de 1898. Como advirtiera la historiadora norteamericana Merle Curti, al referirse al pensamiento de Theodore Roosevelt, este arquetipo de las nuevas fuerzas expansionistas en los Estados Unidos, escribió su *Winning of the West*, en términos de selección natural y la sobrevivencia de los más aptos: «El énfasis en el medio académico estaba en la continuidad, en la adaptación y en el mejoramiento en término del medio».

Sentadas las bases de su propuesta y a partir de la consulta de una amplia y variada literatura testimonial, el autor de *Los colores secretos del Imperio* se adentra en los efectos inmediatos que produjeron los patrones de ideas imperiales al «chocar» con individuos marcados físicamente por tres años de cruenta guerra y con actitudes condicionadas, en buena medida, por los efectos del propio conflicto.

Sugerente, en tal sentido, resulta el estudio de la caricatura en la prensa norteamericana y española, en tanto recurso gráfico dirigido a crear estados de opinión, en las respectivas naciones, acerca del «tipo» de enemigo que enfrentaban. El empleo de fuentes documentales y publicistas y, sobre todo, el procesamiento de la papelería de William R. Shafter, jefe del Quinto Cuerpo de Ejército, conservada en la Universidad de Stanford, California, le permiten a Acosta Matos formular un problema básico: «¿en calidad de qué ubicaban los planes iniciales del Imperio a los cubanos en armas: en calidad de aliados o de enemigos?».

El tema no deja de ser polémico, y entre las virtudes del ensayo está precisamente el incitar a la reflexión; el texto no solo cubre vacíos, sino que, al mismo tiempo, delimita y sugiere nuevas posibilidades de análisis. Así, por ejemplo, el autor concibe las orientaciones impartidas por el general Shafter al ayudante general Corbin, destinadas a aprovisionar a las fuerzas cubanas encabezadas por Máximo Gómez, como «acción perversa», que reducía a los insurgentes al papel de «carne de cañón». Sin embargo, esas instrucciones iniciales se ajustaban a los planes propuestos por el Generalísimo al alto mando militar de los Estados Unidos. El general Gómez deseaba que la intervención del gobierno norteamericano en la guerra se redujera al aprovisionamiento del ejército cubano y no a la llegada de tropas «aliadas». De no ser así, y producirse el desembarco, el estrategia preveía que la independencia de Cuba corría un grave riesgo al firmarse la paz, pues «si de eso resulta nuestra inmediata independencia, que

eso no se sabe sino al final, pues el trato será con los yankees y no con nosotros...».

Ello no significa, desde luego, que, al margen de los planes de operaciones y sus cambios, existiera una estrategia de control sobre el área, y que se desconociera en todo momento a los máximos órganos de dirección revolucionaria. De hecho, en la obra de Acosta Matos salen a relucir materiales de primera mano sobre las tensiones entre las fuerzas «aliadas», desde el primer encuentro en Daiquirí hasta los enfrentamientos decisivos de San Juan y El Caney, pasando por el controversial combate de Las Guásimas.

Precisamente, en el capítulo tercero, el autor dedica mayor espacio a las relaciones entre soldados cubanos y norteamericanos tras la rendición de la ciudad de Santiago de Cuba, así como a su mediación por las campañas de la prensa, dirigidas a exasperar el sentimiento racista hacia los revolucionarios cubanos, y por los inescrupulosos modos de operar de los altos funcionarios de los Estados Unidos en la Isla.

La información y los análisis que se ofrecen sobre estos temas son novedosos y cubren un vacío sensible, pues si bien se han dado pasos importantes en el tratamiento del modo de vida del soldado español y del cubano durante la Guerra del 95, la historiografía adolecía de la falta de una aproximación al estudio del soldado norteamericano, desde una perspectiva social. En tal sentido, es destacable que el autor, más que interesarse por los «grandes negocios» que podían realizar directores de diarios o funcionarios a costa del conflicto —aspectos de una u otra forma trabajados por los historiadores— prefiriera presentar las interioridades del mundo de lo que él llama «los pequeños negocios de la guerra», los cuales se realizaban a diario y en los que intervenían los simples soldados.

Luego de revelar esta compleja dinámica de relaciones entre cubanos y norteamericanos, con toda la riqueza que implica la diversidad de imágenes y concepciones recíprocas, concluye con un breve epílogo en el que advierte las estrategias anexionistas del gobierno de los Estados Unidos y el empleo del factor cultural como mecanismo de absorción. Por otra parte, hace referencia a las resistencias culturales del pueblo cubano frente a cualquier tipo de manifestación que pudiera significar la imposición de otros patrones o normas de vida, ajenos a la idiosincrasia del nativo.

Solo me resta felicitar al colega Eliades Acosta Matos por su obra, sugerente y necesaria.